

La araña coja ®

Giraldo Emma



Capítulo 1

Un viejo libro. Un grimorio, recostado en un estante polvoriento, gruñó en su solitario rincón.

Pasó por algunas fórmulas antiguas retenidas en los pliegues de su grueso cuerpo.

Se desesperó de ver aparecer a su maestro, arrastrado por una nube de humo blanco, entregarse bajo sus uñas en forma de gancho, copiar sigilos mágicos en una piel de velo y desaparecer una vez más, dejándolo solo para su consternación.

A veces pensaba que podía escuchar su profunda voz resonando en el ático, apoderándose de la habitación y materializándose como hechizos mágicos impregnando las paredes.

Un momento después, para apartarse de este lugar cerrado cubierto de lienzos, de los que se han apropiado estos pintores.

Se habían encargado de tejer cada rincón, de firmar sus trabajos con hilo de seda, a nombre de la corporación de los arácnidos.

Todos los días veía a una araña, con una pata coja, correr a través de su ribete de cuero, arrastraba su hilo de seda detrás de él.

Estaba cansado de sentir sus largas y delgadas piernas correr sobre su estómago.

Se imaginó a sí mismo lanzando un hechizo sobre esta horrible criatura, para que se convirtiera en un objeto. Un inodoro. O un jarrón con flores.

Le molestaba el mago por haberlo abandonado en este ático adornado con lienzos desde el suelo al techo, y por haber desaparecido tras pronunciar aquellas verdaderas palabras eternas una noche tormentosa.

Se había acurrucado bajo su manta de cuero, apelando a su memoria, con

el fin de dibujar algunos hechizos que escuchó, una vez, el gran mago.

Más allá de sus palabras silenciosas, observó el desván de sus cientos de ojos que le había ofrecido su maestro, para que no fuera solo una piel atada a hojas.

Le pareció que se había multiplicado en las cuatro esquinas de la habitación, ahora en su encuadernación, un momento después en el techo.

Un acróbata: un acto de equilibrio excepcional.

La vio pasearse por el boulevard a través del cristal de la ventana donde se reflejaba la luna.

Parecía un equilibrista haciendo malabarismos con sus ocho delgadas piernas, incluida la coja, más cerca del borde del tragaluz.

Cuidando de pulir su línea para hacer rappel, absorbido por los últimos retoques mortales de su trampa.

No tenía más que suspiros para colgar en el aire y un estómago regordete lleno de secretos, que guarda celosamente bajo su vestido de cuero desgastado.

Aún así, estaba seguro de que tenía debajo de su capa de piel, la llave dentro de sus páginas: señales, hechizos mágicos para lanzar a una araña que se divertía haciéndolo temblar de miedo.

Ella, a quien le importaba un comino su encuadernación maquiavélica y lo usaba como atajo hacia la pared.

Cuando comenzó a desesperarse de no ver ninguna salvación disponible para su mártir.

Una tarde, la luna escondió su embarazo de la tierra. La noche se volvió negra, empapando el ático con un movimiento rápido.

Se encontró solo en el desván, nunca volvió a ver a la bailarina de cuerda

ni a su compañía.

Un largo suspiro se escapó entre sus páginas, como un leve estremecimiento.

El silencio se congeló, cuidando mucho de no perturbar el gran libro que se ha quedado dormido durante siglos . . .